

también que la India debe estar agradecida á la manera de proceder de lord Clive: porque, aunque él saquease á la población de Bengala para enriquecer á aquel afortunado aventurero, si el hombre hubiese obtenido un destino, la población hubiese sido saqueada del mismo modo y mal administrada. Contra males como esos hay una garantía, y, en mi sentir, una sola: que se regule el ingreso en la administración.»

Macaulay pasó á examinar después la proposición de sir Carlos Wood de que el ingreso se efectuase con sujeción al resultado de un examen de concurso. Expresó su satisfacción por el apoyo que había prestado á ese pensamiento el conde de Derby, y su sorpresa y contrariedad por la índole de los argumentos que oponía contra él lord Ellenborough.

Si no interpreto mal las opiniones atribuidas al noble lord, él cree que el aprovechamiento de un joven en los estudios que constituyen una educación liberal no sólo no es un indicio de que pueda ser algo después, sino que induce á sospechar que será aventajado por aquellos á quienes sobrepujó en esas primeras lides. Si no me engaño, el noble lord opina que los jóvenes que se distinguen en tales estudios suelen ser luego gente estólida, completamente inútiles para la vida activa; y no me extrañaría que el noble lord dijese que el «boxeo» ó el *cricket* serían una prueba mejor de aptitud que una educación liberal. Me parece que jamás hubo un hecho probado por mayor masa de testimonios ó por una experiencia más uniforme que éste; que los hombres que se distinguen en la juventud sobre sus contemporáneos casi siempre conservan hasta el fin de su vida la delantera conquistada. El hecho es tan notorio que para mi oír contradecirle es lo mismo que oír negar que el arsénico es un veneno ó que el aguar-

diente embriaga. Consultad en cualquier biblioteca el Calendario de Cambridge. Allí tenéis la lista de las distinciones otorgadas durante un centenar de años. Recorred los nombres de los alumnos de primera y de cuarta fila, y me atrevo á decir que, por cada hombre que se haya distinguido después entre los segundos, encontraréis veinte entre los primeros. Tomad el Calendario de Oxford y comparad la lista de los hombres de la primera clase con un número igual de hombres de la tercera. ¿No está llena nuestra historia de ejemplos que demuestran este hecho? Volved la vista á la Iglesia ó al Foro. Volved la vista al Parlamento desde la época en que empezó en este país el gobierno parlamentario, desde los días de Montagne y Saint John hasta los de Canning y Peel. Volved los ojos á la India. El hombre más capaz que ha gobernado la India era Varren Hastings; ¿y no figuraba en primera fila en Westminster? El funcionario civil más capaz que yo he conocido en la India era sir Carlos Metcalfe; ¿y no figuró en primera fila en Eton? El miembro más eminente de la aristocracia que ha gobernado en la India era lord Wellesley. ¿Qué reputación tuvo en Eton? ¿Qué reputación tuvo en Oxford? Debo citar también — no puedo abstenerme de citarle — á otro noble y distinguido Gobernador general. Hace pocos días, cuando aún estaba fresco en mi memoria el recuerdo del discurso á que he aludido, leí en las *Musae Cantabrigienses* una elocuentísima y clásica oda de un joven poeta de diez y siete años, que la Universidad de Cambridge premió con medalla de oro; y con placer, no exento de pena, leí al pie de esa composición el nombre del respetable Eduardo Law, del Colegio de San Juan. Vi con placer que el nombre de lord Ellenborough puede añadirse á la larga lista de hombres que con sus exitos

académicos anunciaron el papel que debían representar más tarde en la vida pública; y al mismo tiempo no pude menos de sentir algún pesar y sorpresa al ver que un noble, tan honrosamente distinguido en su juventud por su aplicación á esos estudios, hubiese descendido á hablar de ellos en la edad madura en términos que hubiesen sentado mejor en labios del alférez Northerton (1) ó del capitán del poema de Swift... Ya que el recuerdo de sus tempranos triunfos no impidió al noble lord usar ese lenguaje, yo hubiera creído que se lo vedaría la piedad filial; yo hubiera creído que recordaría cuán espléndida fué la carrera académica de aquel gran magistrado, el difunto lord Ellenborough... No es una respuesta decir que podéis citar—y debe apetecerse que podáis hacerlo—dos ó tres hombres de grandes dotes que, habiendo holgado en su juventud, han procurado después resarcirse del tiempo perdido, aguijados por el remordimiento y por una noble vergüenza. Tales excepciones merecen notarse porque parecen hechas para alentar á los que, habiendo desperdiciado su juventud por ligereza y amor á los placeres, se sintiesen inclinados á desperdiciar su edad madura por desesperación; pero la regla general es, sin ninguna duda, que los hombres que fueron los primeros en las competencias de las escuelas han sido los primeros en las competencias del mundo.

Macaulay explicó claramente á la Cámara cómo un sistema de exámenes de concurso sostiene y aún eleva infaliblemente el nivel de la aptitud, y cómo un sistema de exámenes individuales tiende segura y cons-

(1) El alférez Northerton en cierta ocasión célebre hizo comentarios acerca de Homero y de Corderio en términos demasiado enérgicos para ser citados y con un audaz abuso de epítetos tan burlescos como los que más de Fielding.

tantemente á deprimirle. Apoyó su opinión en un razonamiento que se ha empleado frecuentemente desde entonces, y á que no ha tratado de responder siquiera ningún partidario del antiguo sistema de nombramiento por interés particular (1). Dijo algo contra la superstición de que el aprovechamiento en los estudios implica falta de energía y de fuerza de carácter: superstición que, como todas las demás, sólo existe en los que no quieren observar los hechos ó no saben sacar deducciones. Un hombre que se abre paso á las primeras filas de la política inglesa es de presumir que sabe manejarse en asuntos prácticos; y ha habido un gabinete en que seis de los siete ministros de la Cámara de los Comunes que habían sido educados en las universidades inglesas, fueron de la primera clase ó de «doble primera».

Macaulay no hizo más que una ligera alusión á la hipótesis de que el éxito en los estudios suele ir acompañado de endebles física. ¡Como si un buen lugar en

(1) Razonaba así: con el sistema de los exámenes de concurso cada cual pugna por hacer cuanto puede; y la consecuencia es que, sin ningún esfuerzo de parte del examinador, el nivel se mantiene alto. Pero desde el momento en que decís al examinador, no «¿Irá á la India A ó B?» sino «Aquí está A. ¿Es apto para ir á la India?», la cuestión cambia por completo. La compasión del examinador, su bondad, su deseo de no marchitar las esperanzas de un joven, le inducen á abrir la manga para que pase el candidato, si puede. Eso pasaría aun suponiendo á los dispensadores de las mercedes oficiales entregados sólo á las inspiraciones de su propia conciencia; pero los tendríais sujetos á un género de solicitudes á que sería imposible resistir. El padre va con las lágrimas en los ojos; la madre escribe las cartas más patéticas y desgarradoras. Espíritus firmísimos han sido quebrantados muchas veces por apelaciones de ese linaje. Pero el sistema de oposición no consiente nada de esa especie. El padre no puede ir á decir al juez: «Ya sé que el otro joven vence á mi hijo; pero usted tendrá la bondad de decir que mi hijo vence al otro.»

la lista de exámenes fuese peor prueba de una constitución sana que las relaciones de parentesco ó el interés político! ¡Como si un joven que puede penetrar en las entrañas de un libro y concentrar sus facultades en un cuestionario debiese ser necesariamente menos capaz de montar á caballo, ó de manejar una pala de *cricket*, y, en caso preciso, de ponerse al frente de un asalto ó de administrar una comarca afligida por el hambre, que el hijo de un personaje que tiene buenas aldabas ó el sobrino de un elector influyente que posee veinte establecimientos públicos en un burgo parlamentario! Los ingenieros reales, lo selecto entre lo selecto—cada uno de los cuales, antes de obtener su nombramiento, ha pasado por una serie casi infinita de pruebas intelectuales—han llegado á ser á veces durante años seguidos los mejores jugadores de *football* del reino, y dentro del último año consiguieron en el *cricket* un triunfo sin precedentes en los anales del juego. Pero no se necesitan ejemplos especiales para refutar el aserto de que al vigor del espíritu acompaña necesaria ó frecuentemente la endebles corporal. No será sofismas como ese los que hagan renunciar á los padres de la Gran Bretaña á lo que es ahora un privilegio reconocido de sus hijos: el privilegio de trabajar por su país y de comer el pan de su país, con sólo que puedan ganarse por sí mismos, en justo y público certamen, el derecho de ser incluidos en la lista de los servidores del país.

Antes de sentarse, demostró Macaulay la poca fe que tenían los mismos adversarios en sus propios argumentos. «El noble Lord (dijo) cree que, alentando á los indígenas á estudiar las artes y las ciencias de Europa, estamos preparando el camino para la destrucción de nuestro poder en la India. Yo no acierto á

comprender cómo, teniendo tan en poco la educación cuando se da á los europeos, puede mirarla con temor cuando se da á los indígenas. Esa enseñanza, se nos dice, hace del europeo un ratón de biblioteca, un bachiller, un hombre inútil para los deberes de la vida práctica; pero dad la misma educación al indio, y le arma de tal fuerza intelectual, que un gobierno establecido, con un ejército de 250.000 hombres, apoyado por toda la fuerza militar y naval de Inglaterra, deberá ceder inevitablemente ante su irresistible poder.»

Macaulay había cumplido su deber para con la India, y ahora le faltaba demostrar su gratitud á sus electores. La Iglesia «establecida» de Edimburgo se sostenía principalmente con los productos de un impuesto local conocido con el nombre de *Annuity Tax*. Ese impuesto se pagaba tan de mala gana como los de la Iglesia en Inglaterra, durante los diez años anteriores á su abolición; y aun de más mala gana, por lo injusto y vejatorio del sistema de exacción. En la legislatura de 1853 se presentó al Parlamento un *bill* en que se proveía á los estipendios del clero de Edimburgo, por un procedimiento menos injusto, y desde luego menos odioso. Defendían el *bill*, por razones de conveniencia, el lord Preboste y la mayoría del Consejo de la ciudad; pero le combatía vigorosamente el partido opuesto á toda concesión de recursos públicos para fines religiosos. Macaulay, que, como puede comprenderse, miraba el asunto bajo el punto de vista whig, se holgó mucho de tener una ocasión de servir á sus electores, y no le disgustaba tampoco decir su pensamiento sobre la cuestión general de la Iglesia y el Estado. El 28 de Julio (durante cuyo mes hacía vida campestre en Tunbridge Wells) consigna su deseo de «hacer sobre ese tema un discurso á lo Lisias.» No se

comprende fácilmente cómo un representante escocés, que sabe por experiencia lo que es un debate de ese género, puede representarse el papel que haría un antiguo orador griego en discusión tan indigesta. Hay bien poco de común entre las controversias que entabla el Parlamento británico los miércoles por la tarde, y las brillantes cuestiones de guerra, diplomacia y alta política que se discutían en una mañana de otoño ó de primavera, á la sombra del Partenón y á la vista del Pentélico y del Himeto (1).

19 de Julio.—Fuí temprano á la estación del ferrocarril. Una vez en Londres, me dirigí enseguida á la Cámara de los Comunes, donde encontré al lord Preboste, á Morrison y á Maitdland, con quienes celebré una breve conferencia. A las doce se entró en la cuestión. Inició el asunto el lord Abogado; y luego Smith, el representante de Stockport, pronunció un enérgico discurso contra el clero edimburgués, y propuso la segunda lectura del *bill* para de allí é tres meses. Hadfield le secundó; y yo me levanté después de Hadfield, hablando sin ninguna preparación en cuanto al lenguaje, pero con toda afluencia y con gran efecto. Me alegré mucho de haber dado cima á la empresa. Ahora he hecho la cosa más hermosa por mis comitentes. Me sorprendió la acerbidad de los «volunta-

(1) Es probable que, con esa expresión «á lo Lisias», Macaulay sólo quisiese dar á entender un discurso breve y sin pretensiones, á que concedería menos trabajo que de costumbre. No empezó á pensar sobre el asunto hasta la víspera del debate, y en ese día copió además una buena parte de su discurso de 28 de Febrero de 1832, sobre la representación de los *Tower Hamlets*, acabó el *Nigrinus* de Luciano y empezó á leer *Gorgias* de Platón, que declaraba «mi diálogo favorito, ó poco menos, desde los días de colegio.»

rios (1).» No siento yo ninguna predilección por Iglesias «establecidas», ni por los sacerdotes; pero me irritaba la violencia con que fué atacado el *bill*.

Era la antigua cuestión de Maynooth bajo un nuevo aspecto. «Se susurra (decía Mr. Hadfield) que el respetabilísimo y elocuete representante de Edimburgo piensa prestar su apoyo al *bill*, y será para mí una cosa curiosa oír su defensa por labios tan elocuentes. No hay hombre que tenga más que perder en reputación, dentro de esta Cámara ó en el país, que el muy honorable *gentleman*.—El honorable representante de Sheffield (contestó Macaulay) no debe esperar oír de mis labios nada que merezca el nombre de elocuencia. Realmente, en su discurso se propuso convencer más que deslumbrar á su auditorio; y la peroración (si así cabe llamarla) no contenía nada que pudiese provocar la desaprobación ni aun del más resuelto «voluntario.» «La impopularidad de una iglesia «establecida» es cosa muy diferente de la impopularidad del resguardo, del ejército ó de la policía. La policía, el ejército y el resguardo pueden ser impopulares por la índole de las funciones que deben desempeñar; pero la iglesia, si es impopular, puede decirse que es peor que inútil: porque sólo existe para inspirar afecto y respeto; y si inspira sentimientos de opuesto carácter, sería mejor que no existiese. Vivamente, pues, suplico á la Cámara no sostenga una institución, que es inútil si no es querida, por medios que sólo pueden servir para que sea odiada.

Estas fueron las últimas palabras que pronunció Macaulay en la Cámara de los Comunes. Para él hu-

(1) Los partidarios del sostenimiento de la Iglesia por asociación y esfuerzo voluntario, más bien que por ayuda y protección oficial.—N. DEL T.